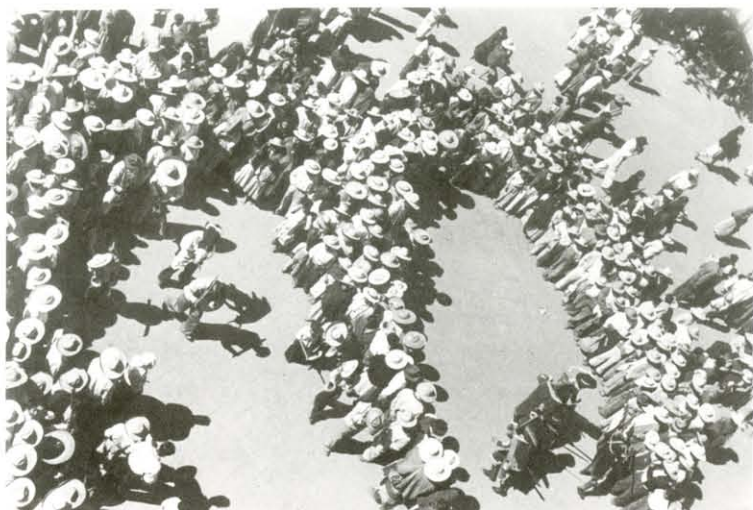


El maestro de la fotopoesía

Antonio Rodríguez



Desde la azotea del Palacio de Iturbide, ca. 1935

A propósito de la exposición fotográfica de Álvarez Bravo considerado en los Estados Unidos como uno de los diez más grandes fotógrafos del siglo XX la Sociedad de Arte Moderno puso a discusión el siguiente interesante tema:

La fotografía ¿es un arte?

Podría contestarse a esta pregunta con otra que es al mismo tiempo tan absurda y tan lógica como la propuesta:

“La poesía y la pintura ¿son artes?”

Por supuesto que es absurdo preguntar si un cuadro de Goya o un poema de Rubén Darío son obras de arte; en cambio, es perfectamente lógico poner en duda y negar la calidad artística de gran parte de aquellos cuadros que vemos frecuentemente en las exposiciones, y de la mayoría de poemas que aparecen en las librerías impresos en papel de lujo y envueltos en “xelofán”.

Esto quiere decir que en arte, el hábito no hace al monje, y que no basta vestir una bata de pintor y embadurnar telas para merecer la categoría de artista.

Por las mismas razones, la fotografía puede ser “documento” periodístico e histórico; “recuerdo” de familia; juego de “amateurs” o, finalmente, obra de arte.

¿Cuándo y en qué circunstancias es la fotografía una forma de expresión artística?

Se puede responder, muy sencillamente, que la fotografía es arte cuando es cultivada por hombres que se encuentran en relación a ella, como un Goya o un Rubens se encuentran en relación a la pintura.

Más concretamente: ¿Queréis saber cuando la fotografía es arte? ¡Contemplad la obra fotográfica de Álvarez Bravo!

Poesía, ante todo

Efectivamente, en la fotografía de Manuel Álvarez Bravo existen todos los factores que se conyugan en una obra para darle calidad artística: poesía



Caracoles, ca. 1930

—esto ante todo— belleza, sugerencia, equilibrio, armonía, perfección técnica, pensamiento, espíritu.

Quien no ve poesía, supongamos, en la foto denominada “Mar de Lágrimas” —para no citar sino una—, y al acaso no puede tampoco ver poesía, supongamos, en los cuadros de José María Velasco.

El que no descubra belleza en la “Fábula del perro y la nube”, no podrá jamás encontrarla en ninguno de los cuadros de Clemente Orozco.

La persona que contempla la estupenda fotografía de Manuel Álvarez Bravo —“Los Agachados”— sin que se deje invadir por una poderosa nube de sugerencias filosóficas, esa persona no deberá siquiera intentar comprender ninguna de las pinturas murales de Diego Rivera.

Quien no aperciba el equilibrio —atrevido, por supuesto logrado por el artista en la composición de “Muchacha viendo pájaros”, quedará seguramente insensible a las maravillas de composición obtenidas por Cezanne en sus obras.

En cuanto a perfección técnica —necesaria para lograr los resultados plásticos deseados—, nadie podrá poner en duda las grandes facultades de Manuel Álvarez Bravo.

¿Qué necesita pues, más para merecer la clasificación de artística, una obra que reúne al mismo tiempo, los factores enunciados?

Arte creativo

Nuestro inteligente camarada Olguín cuyos juicios nos merecen por lo general bastante crédito afirmó, en reciente artículo, que la fotografía “es un arte contemplativo, de la misma manera —dice— que la pintura es un arte creativo”. Adelante, le llama “arte reflejo” y sugiere que Álvarez Bravo es también un artista “contemplativo”.

Imposibilitado de negar el valor de la fotografía como arte; pero sin el atrevimiento necesario para reconocerle la categoría que ella ya se conquistó, Olguín inventa una categoría de arte que nos parece francamente *sui generis*, para no decir absurda. En efecto, el arte o es creativo o no es arte.

Es cierto que existen personas que poseen una sensibilidad artística notoria y que por no poseer los medios técnicos necesarios, o por no saber dominarlos, son incapaces de pasar de la etapa contemplativa a la realizadora. Están en este caso los niños poetas y los



Otra plática junto a la estatua, 1932

niños pintores —niños artistas, en fin—, de que nos hablaba un joven poeta venezolano, Miguel Otero Silva, en un hermoso poema. Son los niños pintores que se quedan con las manos cortadas contemplando las obras de arte que nunca pintarán.

Esas personas pueden tener, nadie lo niega, sensibilidad artística; pero, como es obvio, no son artistas, porque para serlo se necesita “crear”, “realizar”, dar forma a sus sueños o anhelos estéticos.

En balde un campesino se conmueve ante una gota de rocío; en balde, porque sólo será poeta en toda su amplitud cuando logre transformar esa lágrima de la naturaleza en fruto y obra de su espíritu.

Además en arte poco interesa reproducir o no fielmente a la naturaleza, lo que interesa es formar, crear, realizar con las sugerencias que ofrece la vida, o con la fantasía propia algo nuevo y distinto.

Lo que interesa es repetir la hazaña de Prometeo y lograr equipararse a los dioses.

El que no logre arrebatarse del Olimpo la chispa divina y dar vida a las estatuas de piedra, ese jamás será artista.

Por eso no hay que dividir el arte en dos clases: o es creativo y es arte o es una copia mecánica de la naturaleza y entonces no es arte.

Nueva realidad

Es indudable que la fotografía da la ilusión de ser una copia mecánica de la vida ya que “reproduce” objetos que tienen existencia real, por medio de una máquina.

Por supuesto, la mayor parte de las fotografías que conocemos no hacen más que “reproducir” mecánica y servilmente a la naturaleza y por eso mismo no tienen nada que ver con el arte.

Están en este caso las fotografías documentales, las fotografías de carácter estrictamente científico, las fotografías de “amateurs” a quienes sólo interesa el “souvenir”, y las fotografías de los que son simplemente fotógrafos.

Para esos fotógrafos que sólo buscan hacer copias bonitas, la fotografía, dista mucho, claro está, de ser arte.

Pero, en manos de hombres como Álvarez Bravo la cámara deja de ser un simple instrumento visual, un ojo pasivo, para transformarse, cual

varita mágica, en un aparato creador de una nueva realidad.

La fotografía de Álvarez Bravo nos sirve admirablemente para comprobar esta aserción.

Tomemos, al acaso, la foto llamada "Mar de lágrimas". En realidad el motivo de esta foto estaba constituido por un vulgar tendero que Manuel Álvarez Bravo encontró en una playa. Cualquiera otro fotógrafo la hubiese tomado en su conjunto y la copia fotográfica nos enseñaría tan sólo eso: un tenderero.



León de la Lagunilla, ca. 1935

Pero Álvarez Bravo, con su espíritu creador, transformó la vulgar unión de palos en un símbolo pleno de sugerencias, en una cruz; el burdo pedazo de tronco se transformó súbitamente en la imagen de la mujer que llora al hijo crucificado y el mar espumojante se convirtió en un prelago de lágrimas, de esas mismas lágrimas que vierten las "mater dolorosa" de todo el mundo por el sacrificio de los mártires.

¿En dónde se encontraba todo esto —que puede verlo quien tenga sensibilidad y espíritu interpretativo—, antes de que Álvarez Bravo lo "creara"?

¿Qué hizo, en efecto, Álvarez Bravo al transformar el tendero, el tronco carcomido, y el mar, en la imagen de un inmenso y casi eterno Gólgota? ¿Qué hizo sino crear y crear en alta escala como los demiurgos y los dioses?

Podíamos, si hubiera espacio y fuera necesario aducir más pruebas en reforzamiento de nuestra idea. Pero es necesario, porque el espectador sensible, de buena voluntad, o simplemente sin prejuicios contra la fotografía observará fácilmente que una de las características fundamentales de Álvarez Bravo reside, precisamente, en esa extraordinaria facultad creadora de dar una nueva realidad, a la realidad que existía antes de pasar por crisol de su temperamento artístico y de sus grandes conocimientos profesionales.

El observador de buena voluntad —sin buena voluntad nadie debe escuchar a Bach, ni leer a Goethe— se dé inmediata cuenta de que la "Roca Cubierta de Líquen" o el "Vidrio Raspado" o el "Juego de Papel" o los "Leones de Coyoacán", son algo muy distinto a simples "rocas", pedazos de "vidrio", palomitas de papel o leones de piedra.

Estos últimos, por ejemplo, leones de piedra destrozados, nos hacen pensar en aquellos leones de Castilla que ahí mismo en Coyoacán tuvieron sus más arrebataores sueños de oro y de grandeza.



Maneras de dormir, ca. 1940

este dominio de la técnica que Álvarez Bravo puede dar forma plástica a sus idealizaciones poéticas.

No se podría imaginar, en efecto, una foto tan bella como la que lleva el nombre de “Tierra Dura” —maravillosa escala de grises contrapunteada por varias melodías en tonos cálidos— sin un perfecto dominio de la técnica.

Claro está, la técnica no es todo en fotografía; pero es tan necesaria como en la pintura, en donde sin ella no se logran más que pobres naturalezas muertas u obras de escasa y limitada concepción.

Lo distinto en Álvarez Bravo

Al primer golpe de vista y para quien esté acostumbrado a ver la pesada fotografía “artística” corriente, la obra de Álvarez Bravo parece demasiado sencilla, descarnada, sin emoción.

Esto se debe, fundamentalmente, a que Álvarez Bravo rehuye lo fácil, lo espectacular y lo efectista. Efectivamente, en la obra de Álvarez Bravo no se ve jamás lo que constituye el platillo fuerte de los otros

fotógrafos: las nubes grandilocuentes, los árboles majestuosos, los trajes despampanantes, las escenas sensacionales.

Resulta fácil emocionar a espíritus poco exigentes con artificios de esa naturaleza; pero eso sí que no es arte, eso es truco, efecto, teatro.

Los fotógrafos que toman esos motivos como base de su obra, son vulgares “captadores” de maravillas. Lo importante no es su obra, sino la naturaleza que se les ofrece generosamente sin que intervenga para nada —o en muy poca escala— su genio creador. A esos quizás se les pudiera dar el nombre de “contemplativos” (mejor sería de cazadores de instantáneos), pero jamás de artistas.

Álvarez Bravo se distingue de todos esos fotógrafos justamente por su capacidad creadora e interpretativa.

Su obra es aparentemente sencilla —tiene la sencillez de lo genial—, sobria, despojada de ornatos inútiles, sería, ajena a artificios y a teatralidades; pero tiene en alta escala lo que dijimos al principio: poesía y espíritu.



Enterramiento en Metepec, 1932

Es una obra de impecable forma plástica, en la que vive un hondo espíritu saturado de poesía y de humanidad.

Lo mexicano en Álvarez Bravo

Sería falso afirmar que la fotografía de Álvarez Bravo es mexicana porque retrata paisajes, tipos o cosas de México.

No basta retratar a tehuanas para hacer fotografía mexicana, como no basta captar el bullicio de los mercados para hacer música mexicana.

La fotografía de Álvarez Bravo es mexicana —y él está poniendo los cimientos de una fotografía auténticamente nacional por su contenido.

Admírese esa tan maravillosa como sobria fotografía del entierro en Metepec en donde, sutil, cual desapercebidamente, se vea; en admirable armonía, la muerte, simbolizada en la caja mortuaria y los árboles llenos de vida que se encuentran al otro extremo de la obra y que son, al mismo tiempo, elementos de composición y de equilibrio.

Contémplese, también, el retrato de la muchacha sonriente que sostiene en las manos palpitantes de vida, una calavera de dulce; analícese la intención de las fotografías en que se ven pequeños jardines floreciendo sobre tumbas.

¿Se quiere algo más mexicano?

Mexicanas, por la forma, sin ser folklóricas —son casi todas las fotos en que palpitan los grandes dramas y las grandes tragedias de México: como los “Agachados”, como ese otro de la mujer semidesnuda y muchos otros que es inútil, por obvio, mencionar.

Podría aún hablarse de los innumerables otros aspectos que abundan en la obra de Álvarez Bravo. Basémonos con decir, en tono de conclusión, que nos parece enteramente justa esa frase que sacamos de un hermosísimo y bien razonado estudio de Xavier Villaurrutia, sobre la obra de Manuel Álvarez Bravo.

Es uno de los grandes poetas contemporáneos de México.

Fuente: *Así*, México, 28 de julio de 1945. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM